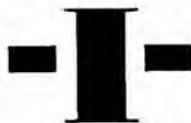


A-R-T-E



Cuadernos de
“Universidad Católica Bolivariana”

PEDRO RESTREPO PELÁEZ

Para quienes piensan que el país y la parcela antioqueña son las suaves colinas del Cannan bíblico y el anticipo de la patria celestial, la pintura y la voz de Restrepo Peláez son dos accidentes extraordinarios y tremendos. Ya se había preludiado la angustia del pintor, en la frase del prosista admirable: "Hubiera sido mejor darle al hombre en la escuela una dura disciplina estóica y una voluntad de servicio, sin ocultarle la verdad del país. No por eso hubiera dejado de amarlo, con una piedad filial desesperada e implacable, sintiendo que en la sangre hay tierra y que la patria no es un mito histórico, sino algo tan concreto como la carne".

Porque la pintura de Restrepo Peláez, fuera de las condiciones anecdóticas y pasajeras, es una pintura de ciudad. Ha evitado conscientemente el lugar común del paisaje. Su materia prima es el hombre, el accidente humano que amplía la universalidad de su obra y la confunde en la misma condición efímera y eterna de la especie. Allí asoma el sér, que es siempre el mismo por la identidad de su condición, sometido a iguales dolores, a idénticas sensaciones, a la vida y a la muerte.

Pero la ciudad también ha dado sus valores decisivos a la tarea del pincel. Ya hemos anotado cómo el hombre en Restrepo Peláez evade todas las formaciones o excrecencias de la vegetación aledaña. Queda en sí mismo como en la moneda el brillo y el valor sonoro. Pero el aire se torna denso y da su condición a los grises urbanos, a los fondos opacos de la colectividad. El rostro asoma como la flor de la especie, de entre la bruma que ha creado su conciencia informe y

gregaria. Para mí la pintura de Restrepo Peláez es una reacción prodigiosa contra nuestras formas tradicionales: primero destruye el campo, se enciende en la urgencia de la vida colectiva, que sólo se logra en la expresión de las masas obreras; y luego, firmemente destruye los colores claros que son el regalo del campo. Pintura de hombres en ciudades.

La elevación cronológica del pintor muestra una de sus más nobles facetas: la vocación inteligente, apareada a la tenacidad. Desde los primeros dibujos académicos se anota la influencia del pintor sobre la pintura. Se valoran las calidades en una superación de la línea. Primero el dibujo responde al modelo; luego el modelo diluye el dibujo; un poco más tarde viene el intento del color, para desaparecer luego. Sin la fácil exuberancia que es producto de la fertilidad discolor, tenemos que el arte de Restrepo Peláez ha llegado al gesto. No han desaparecido ni el dibujo ni el color, pero han pasado a planos de menor importancia dentro del pensamiento y la creación. Los rostros apenas son estigmas; el color una vaharada densa; el dibujo como una valencia del gesto. La creación que no se ha desparramado por la contención casta de sus manifestaciones, ha logrado su síntesis y se cumple en sí misma.

Obra valerosa la de Pedro Restrepo Peláez. Valerosa porque desprecia todas las causales del éxito popular; no está el paisaje que es la concupiscencia de los ojos, ni la sensualidad que es la concupiscencia del corazón. Allí está un pensamiento que cree en la virtud como fuerza telúrica, mejor que como manifestación moral. Y está pintado el hombre, íntegro en su arte, lleno de su fuerza, como el óvulo de la flor y el corazón de su sangre.



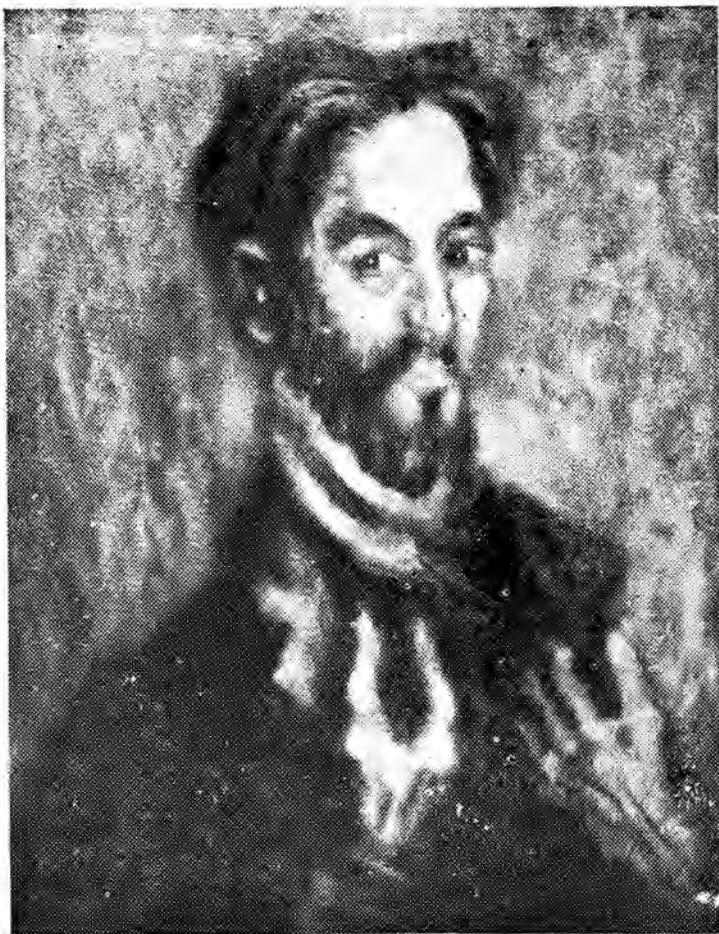
AUTO-RETRATO

(40x45) (óleo-Chile)



"TRIO"

(58 x 78) (óleo-1945)



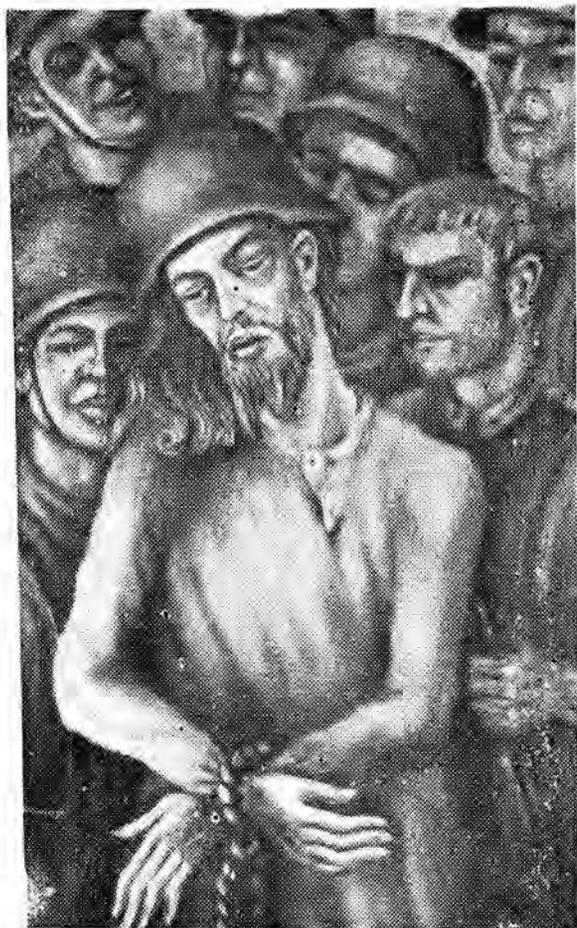
"ESTUDIO" (sobre el Quijote)

(50 x 65) (óleo-1944)



'PRELUDIO'

(45x60) (óleo-1945)



"EL ESCARNIO"

(64x98) (Med-1945)



"PROVINCIA"

(80x60) (Med.-1944)